

mo modo que se ven individuos que tienen gabinetes de mariposas y se creen Plinios.

¿De qué hechos podemos estar bien al corriente en la historia del mundo? Sólo de los grandes acontecimientos públicos que nadie ha puesto jamás en duda. César fué vencedor en Farsalia y asesinado en el Senado. Mahomet II tomó á Constantinopla. Una parte de los conciudadanos de París asesinó á la otra en la noche de San Bartolomé. De esto no es posible dudar; pero ¿quién puede penetrar en los detalles? Desde lejos se distingue el color dominante, los matices desaparecen necesariamente.

¿Queréis creer todo lo que dice Tácito porque su estilo os agrada ó subyuga? Pues de que se tenga el don de agradar no se sigue que se diga siempre la verdad. Vos sois malicioso, y preferís un autor más malicioso que vos. Por mucho que diga Tácito al principio de su historia que hay que evitar la adulación y la sátira, y que no ama ni odia á los emperadores de que habla, le responderé: los odiáis porque sois romano y ellos han sido soberanos. Queréis hacerlos aborrecer del género humano hasta en sus acciones más indiferentes. No quiero justificar á Domiciano ni con vos ni con nadie; pero ¿por qué pretendéis reprochar como un crimen á este emperador el haber enviado frecuentes correos á informarse de la salud de Agrícola, vuestro suegro, en su última enfermedad? ¿Por qué no habéis de ver en esta prueba de amistad, ó por lo menos de atención, sino un deseo secreto de regocijarse más pronto de la muerte de Agrícola? Podría oponer al retrato horrible que hacéis de Tiberio, y á los horrores famosos que de él citáis, los elogios que le tributa el judío Filón, más enemigo aún que vos de los emperadores romanos; hasta podría, aborreciendo á Nerón tanto como vos lo detes-

táis, embarazaros acerca del proyecto largo tiempo acariciado de matar á su madre Agripina, y acerca de la trirreme inventada para ahogarla; pero no llega mi atrevimiento hasta despojar de un crimen á Nerón y llevar la contra á Tácito.

Bástame, señor, deciros que si es posible abrigar tantas dudas acerca de la historia de los emperadores romanos, también escrita por tantos contemporáneos ilustres, con mayor razón se debe desconfiar de todo lo que han escrito unos bárbaros sin cultura, para pueblos más bárbaros aún y más ignorantes que ellos.

Explicadme como ha dado la vuelta al mundo y lo ha gobernado el galimatías asiático sobre la astrología, la alquimia y la medicina del cuerpo y del alma.

Á UN PERIODISTA

ACERCA DE LA FILOSOFÍA, LA HISTORIA, EL TEATRO,
LAS PIEZAS POÉTICAS, LAS MISCELÁNEAS DE LITERATURA,
LAS ANÉCDOTAS LITERARIAS,
LAS LENGUAS Y EL ESTILO.

La obra periódica á que tenéis el propósito de consagraros, señor, puede muy bien tener éxito, aunque hay ya muchas de su clase. Me preguntáis cómo habéis de arreglaros para que semejante periódico agrade á nuestro siglo y á la posteridad. Os responderé en dos palabras: sed imparcial. Tenéis ciencia y gusto; si además os mostráis amigo de la justicia, os anuncio un éxito duradero. Nuestra nación es aficionada á todos los géneros de literatura, desde las matemáticas hasta el epigrama. Ningún periódico habla comunmente de la parte más brillante de las bellas letras, que son las piezas del teatro, ni de tantas lindas poesías como sostienen

diariamente el carácter amable de nuestra nación.

Todo puede entrar en vuestro periódico, hasta una canción, con tal que esté bien hecha; nada es de desdenar. Grecia, que se vanagloria de haber dado á luz á Platón, se glorifica también con Anacreonte, y Cicerón no hace olvidar á Catulo.

Acerca de la filosofía. Tenéis suficientes conocimientos de geometría y de física para dar cuenta exacta de los libros de esta clase, y poseéis el ingenio suficiente para hablar de esas materias con un arte que les quita las espinas, sin recargarlas de flores que no les convienen.

Os aconsejaré, sobre todo, cuando hagáis extractos de filosofía, que expongáis en primer término á los lectores una especie de compendio histórico de las verdades que se enuncian.

Por ejemplo, si se trata de la opinión del vacío, decid en dos palabras cómo creía demostrarlo Epicuro; demostrad cómo lo ha hecho más verosímil Gassendi, y exponed los grados infinitos de probabilidad que Newton ha agregado, por último, á esta opinión por medio de sus observaciones y cálculos.

Si se trata de una obra sobre la naturaleza del aire, es bueno demostrar de antemano que Aristóteles y todos los filósofos conocieron su pesantez, pero no el grado de la misma. Muchos ignorantes que desearían saber la historia de las ciencias, la gente de la buena sociedad y los estudiantes verán con avidez, en virtud de qué nociones y experimentos combatió el gran Galileo el primer error de Aristóteles con respecto al aire; con qué arte le pesó Torricelli, lo mismo que se pesa cualquier otra cosa en la balanza; y cómo, por último, los admirables experimentos de Boerhaave han descubierto efectos del aire, que casi hay necesidad de atribuir á

propiedades de la materia desconocidas hasta nuestros días.

Si aparece un libro lleno de cálculos y de problemas acerca de la luz, qué placer no experimentaréis en mostrar al público las frágiles ideas que poseía acerca de la refracción la elocuente é ignorante Grecia; lo que ha dicho el árabe Alhacén, el único geómetra de su tiempo; lo que adivina Antonio de Dóminis; lo que Descartes pone hábil y geoméricamente en práctica, aunque equivocándose; lo que descubre ese Grimaldi, que ha vivido demasiado poco ¹; por último, lo que Newton lleva hasta el límite de las verdades más atrevidas á que puede llegar el espíritu humano; verdades que nos hacen descubrir un nuevo mundo, pero que dejan aún una nube tras sí.

Si sale á luz alguna obra sobre la gravitación de los astros, objeto admirable de las demostraciones de Newton, ¿no se os agradecerá el que tracéis la historia de la misma, desde Copérnico que la entrevió y Képler que se atrevió á anunciarla por instantes, hasta Newton que demostró á la tierra maravillada que ejerce atracción sobre el sol y el sol sobre ella?

Haced remontar á Descartes y á Harriot el arte de aplicar el álgebra á la medida de las curvas, el cálculo diferencial é integral á Newton y después á Leibnitz. Nombrad, cuando llegue la ocasión, á los inventores de todos los descubrimientos nuevos. Sea vuestra obra un registro fiel de la gloria de los grandes hombres.

Sobre todo, al exponer opiniones, al apoyarlas y combatirlas, evitad las palabras injuriosas, que irritan á un autor, y á veces á toda una nación, sin ilustrar á

¹ Autor de *Physico mæsis de lumine, coloribus aliisque annexis*. Murió á la edad de cincuenta años en 1663.

nadie. Nada de animosidad ni de ironía. ¿Qué diríais de un procurador fiscal que al resumir todo un proceso ultrajase con palabras picantes á la parte acusada? El papel de un periodista no es tan respetable, pero su deber es casi el mismo. ¿No creéis en la armonía preestablecida? no por eso habrá que injuriar á Leibnitz. ¿Habréis de insultar á Locke porque cree á Dios bastante poderoso para dar si quiere pensamiento á la materia? ¿No creéis que Dios, que todo lo ha criado, puede hacer esta materia y este pensamiento eternos, y que si ha creado nuestras almas puede crear millones de seres diferentes de la materia y del alma, resultando así el sentimiento de Locke respetuoso para la Divinidad sin ser peligroso para los hombres? Si Bayle, que sabía mucho, ha dudado mucho, tened en cuenta que jamás dudó de la necesidad de ser hombre honrado. Creedlo, pues, con él, y no imitéis á esos espíritus estrechos que ultrajan con injurias indignas á un muerto ilustre á quien no se hubieran atrevido á atacar en vida.

Acerca de la historia. Los periodistas prefieren siempre tratar los puntos de historia; es lo que se halla más al alcance de todos los hombres y lo que más les gusta. No quiere decir esto que en el fondo se sienta menos curiosidad por conocer la naturaleza que por saber lo que hicieron Sesostris ó Baco; pero cuesta mucha aplicación el examinar, por ejemplo, con qué máquina se podría suministrar mucha agua á la ciudad de Paris, lo cual, sin embargo, nos importa bastante; mientras que basta abrir los ojos para leer los antiguos cuentos que nos han transmitido con el nombre de *historias*, las cuales nos repiten todos los días, y que maldito lo que nos importan.

Si dáis cuenta de la historia antigua, os conjuro á que prescindáis de todas esas declamaciones contra

ciertos conquistadores. Dejad á Juvenal y á Boileau que desde el fondo de sus gabinetes traten de ridiculizar á Alejandro, á quien hubieran fatigado con su incienso si hubieran vivido en su tiempo; llámenle en buen hora Alejandro el insensato; vos, filósofo imparcial, considerad en Alejandro al capitán general de Grecia, semejante próximamente á un Scanderbeg, á un Hunyada encargado como ellos de vengar á su país, pero más grande, más feliz, más político y más magnífico. No le presentéis sólo subyugando todo el imperio del enemigo de los griegos y llevando sus conquistas hasta la India, adonde se extendía la dominación de Dario; sino representadle dando leyes en medio de la guerra, formando colonias, estableciendo el comercio, fundando á Alejandría y Escanderún ¹ que son hoy el centro de los negocios de Oriente. Ese es principalmente el aspecto bajo el que hay que considerar á los reyes, y eso es lo que se desdeña. ¿Qué buen ciudadano no estimará más que le hablen de las ciudades y puertos que César edificó, del calendario que reformó, etc., que de los hombres á quienes hizo degollar? Inspirad sobre todo á los hombres más afición á la historia de los tiempos recientes, que es para nosotros necesaria, que la antigua, que es solamente objeto de curiosidad. Piensen que la moderna tiene la ventaja de ser más segura, por lo mismo que es moderna.

Desearia, sobre todo, que recomendaseis el empezar seriamente el estudio de la historia en el siglo que precedió inmediatamente á Carlos V, León X y Francisco I. Entonces es cuando se opera en el espíritu humano, lo mismo que en el mundo, una revolución que todo lo ha cambiado.

1. Escanderún es la Alejandría de Siria, á ciento cincuenta kilómetros de Alepo, á la cual sirve de puerto.

El hermoso siglo de Luis XIV acaba de perfeccionar lo que León X, los Médicis, Carlos V y Francisco I habían empezado. Trabajo desde hace largo tiempo en la historia de este último siglo, que debe servir de ejemplo á los venideros. Trato de hacer ver los progresos del espíritu humano y de todas las artes bajo Luis XIV. Ojalá que antes de morir pueda dejar este monumento á la gloria de mi nación. Tengo abundantes materiales para levantar este edificio. No me faltan documentos sobre las ventajas que el gran Colbert procuró y quería hacer á la nación y al mundo; acerca de la vigilancia infatigable y de la previsión de un ministro de la Guerra nacido para ser ministro de un conquistador; acerca de las revoluciones ocurridas en Europa; acerca de la vida privada de Luis XIV, que fué en el hogar doméstico ejemplo de hombres, como lo ha sido á veces de reyes. Tengo documentos acerca de las faltas inseparables de la humanidad, y de las que sólo me gusta hablar porque hacen resaltar las virtudes, y aplico á Luis XIV esta hermosa frase de Enrique IV que decía al embajador Don Pedro: « ¡Cómo! ¿vuestro amo no tiene bastantes virtudes para tener defectos? » Pero temo mucho no tener nitiempo ni fuerza para llevar á buen término esta obra.

Os suplicaría que hicieseis comprender que si nuestras historias modernas, escritas por nuestros contemporáneos, son en general más seguras que todas las historias antiguas, son á veces más dudosas en los detalles, y voy á explicarme.

Los hombres difieren entre sí por su estado, partido y religión. El guerrero, el magistrado, el jansenista y el molinista no ven los mismos hechos con los mismos ojos; es defecto común de todas las épocas. Un cartaginés no hubiera escrito las guerras púnicas con el

mismo espíritu que un romano, y hubiera echado en cara á Roma la mala fe de que Roma acusaba á Cartago. No tenemos historiadores antiguos que hayan escrito unos contra otros sobre los mismos acontecimientos: hubieran seguramente sembrado dudas sobre muchas cosas que hoy aceptamos como verdades incontestables. Por muy verosímiles que sean, las respetamos por dos razones: porque son antiguas y porque no han sido impugnadas.

Nosotros, historiadores contemporáneos, nos hallamos en un caso muy diferente; nos ocurre con frecuencia lo mismo que á las potencias que están en guerra. Se han celebrado en Viena, Londres y Versalles fiestas por batallas que nadie había ganado: cada partido canta victoria y tiene razón por su lado. Ved qué contradicciones hay acerca de María Estuardo, acerca de las guerras civiles de Inglaterra, de las turbulencias de Hungría, del establecimiento de la religión protestante y del concilio de Trento.

Hablad de la revocación del Edicto de Nantes á un burgomaestre holandés, y lo considerará como una tiranía imprudente; consultad á un ministro de la corte de Francia, y dirá que es una política sabia. ¡Qué digo! la misma nación al cabo de veinte años no tiene las mismas ideas que tenía acerca de los mismos acontecimientos y de la misma persona; yo he sido testigo de ello con respecto al difunto rey Luis XIV. Pero ¡qué contradicciones no tendré que encontrar en la historia de Carlos XII! He escrito su extraña vida, fundándome en las Memorias de M. de Fabrice, que fué ocho años su favorito; en las cartas de M. de Fierville, ministro de Francia acreditado en su corte, en las de M. de Villongue, que fué largo tiempo coronel á su servicio, y en las de M. de Poniatowski. He consultado

á M. du Croissi, embajador de Francia cerca de este príncipe. Ahora me dicen que M. Norberg, capellán de Carlos XII, está escribiendo una historia de su reinado. Estoy seguro de que el capellán habrá visto las mismas cosas con otros ojos que el favorito y el embajador. ¿Qué partido tomar en este caso? El de corregir inmediatamente las cosas en que tenga evidentemente razón este nuevo historiador, y dejar las demás al juicio de los lectores desinteresados. ¿Cuál es mi papel en todo esto? No soy más que un pintor que procura representar con pincel débil, aunque fiel, los hombres tal como han sido. Todo me es indiferente en Carlos XII y Pedro el Grande, excepto el bien que este último ha podido hacer á los hombres. No tengo ningún motivo para lisonjearlos ni para censurarlos. Los trataré como á Luis XIV, con el respeto que se debe á las testas coronadas que acaban de morir y á la verdad que nunca muere.

Acerca de la comedia. Vengamos ahora á las bellas letras, que serán objeto de los principales artículos de vuestro periódico. Os proponéis hablar mucho de las piezas de teatro. Este proyecto es tanto más razonable cuanto que el teatro se ha ido depurando entre nosotros y se ha convertido en una escuela de costumbres. Os guardaréis muy bien, sin duda, de seguir el ejemplo de algunos escritores de periódicos, que procuran rebajar á todos sus contemporáneos y desalentar las artes que todo buen periodista debe sostener. Es justo dar la preferencia á Molière sobre los cómicos de todos los tiempos y de todos los países, pero no hay que ser exclusivo. Imitad á los prudentes italianos, que colocan á Rafael en primer término; pero que admiran á Pablo el Veronés, á los Carraccios, á Corregio, al Dominiquino, etc. Molière es el primero, pero sería injusto y ridículo

no poner el *Jugador* al lado de sus mejores piezas. Negar su estima á los *Menecmos* y no divertirse con el *Legatario universal* sería propio de un hombre injusto y falto de gusto. Aquel á quien no le gusta Regnard no es digno de admirar á Molière.

Atrevedos á declarar con valor que muchas de nuestras piecitas como el *Gruñón*, el *Jardinero galante*, la *Pupila*, la *Doble viudez*, el *Espíritu de contradicción*, la *Coqueta de aldea*, el *Florentino*, etc. ¹, se hallan muy por encima de la mayor parte de las piecitas de Molière en cuanto á la delicadeza de caracteres, al ingenio con que están sazonadas y á las gracias en que abundan.

No pretendo entrar aquí en los detalles de tantas piezas nuevas, ni desagradar á mucha gente dispensando alabanzas á algunos escritores que tal vez no quedarán satisfechos; pero diré con osadía: cuando se den obras llenas de moralidad y de interés, como la *Preocupación á la moda*; cuando los franceses sean bastante felices para que les den una pieza como el *Vanaglorioso*, guardaos de pretender rebajar el éxito bajo pretexto de que no son comedias con arreglo al gusto de Molière: evitad esa desdichada obstinación que arranca únicamente de la envidia, no procuréis proscribir las escenas enternecedoras que se hallan en dichas obras: porque cuando una comedia, además del mérito que le es propio, posee el de interesar, hay que mostrarse, muy recalcitrante para sentir que se procure al público un placer más.

Me atrevo á decir que si las piezas excelentes de Molière fuesen algo más interesantes, acudiría más gente á sus representaciones, y el *Misántropo* sería

1. Piezas de Brueys y Palaprat, Dancourt, Fagan, Dufresny y La Fontaine.